

Hizo lo poco que pudo

BARACK OBAMA LLEVA ESCRITO EN EL ROSTRO EL MAPA DE MUCHAS BATALLAS PERDIDAS EN SIETE AÑOS CUANDO SE ACERCA EL FINAL DE SU MANDATO. SIN EMBARGO, EL MUNDO SERÍA HOY MÁS PELIGROSO SI ÉL NO HUBIERA ESTADO AL FRENTE DE LA CASA BLANCA.

El mundo sería hoy aún más peligroso si Barack Obama no ocupara la Casa Blanca desde enero de 2009. Imagínense, por ejemplo, que a los dramas y conflictos del presente se les añadiera una guerra de Occidente contra Irán. Recuerden que, so pretexto del programa nuclear iraní, el ultra israelí Benjamin Netanyahu lleva años intentando arrastrar a Estados Unidos a una acción militar “preventiva” contra los *ayatolás*. Y piensen que descerebrados como George W. Bush o Donald Trump se habrían sumado con fervor a una campaña bélica semejante, apoyados muy probablemente por ese amplio sector del pueblo norteamericano que se deja enganar por cualquier llamamiento patrioterico a apretar el gatillo hasta vaciar el cargador. Intenten ahora vislumbrar las consecuencias que hubiera tenido esa guerra contra Irán:

- 1.- El petróleo (cuyo bajo precio es uno de los escasos alivios del momento) estaría por las nubes.
- 2.- A los ya innumerables y enrevesados líos de Oriente Próximo se les añadiría el de una cruzada occidental contra una *yihad* chií, con el consiguiente añadido de víctimas inocentes y de buscadores de asilo y refugio.
- 3.- Al terrorismo internacional de raíz suní de Al Qaeda y Daesh (ISIS) se le añadiría el de los más incendiarios seguidores del imán Alí.

Obama, afortunadamente, ha resistido como un jabato las presiones de Netanyahu y, lo que resulta aún más meritorio, del poderoso *lobby* proisraelí en las altas esferas políticas, financieras, cinematográficas y mediáticas de Estados Unidos. Puede que tan sólo por eso se merezca el Premio Nobel de la Paz que recibió, digamos que “preventivamente”, al poco de comenzar su primer mandato presidencial. Contra viento y marea, el primer afroamericano que ocupa la Casa Blanca ha ido impulsando la alternativa de una negociación internacional sobre el programa nuclear iraní. Para desesperación de los belicistas de Israel y de Estados Unidos, esa vía diplomática ha concluido con un acuerdo -frágil, sin duda- que, de momento, le ahorra al mundo una guerra adicional. No está mal, en mi opinión.

Washington y Jefferson, el primer y el tercer presidente de Estados Unidos, sólo ocuparon ese cargo durante dos mandatos, aunque, si del electorado hubiera dependido, podrían haber estado más tiempo. Lo hicieron explícitamente para que el titular del principal



Por **JAVIER VALENZUELA**

Periodista y escritor. Después de trabajar 30 años en El País como corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y ser director adjunto de ese diario, fue el primer director de tintaLibre. Autor de ocho libros periodísticos, entre ellos *Usted puede ser tertuliano* y *Crónicas quinquies, Tangerina* (Martínez Roca, 2015) es su novena obra publicada y su primera novela.

@cibermonfi

cargo político de la entonces joven república no terminara creyéndose providencial e irremplazable, y se eternizara en el poder. Daba igual que fuera querido por la mayoría de su pueblo, el presidente estadounidense no podía asemejarse a un vulgar monarca del *ancien regime*. Un siglo y medio después, ese deseo de limitación de mandatos en la cúpula del poder ejecutivo terminó convirtiéndose en una enmienda a la Constitución norteamericana, la vigesimosegunda. Por eso Obama no puede presentarse a la reelección el próximo noviembre, por ello éste es el último año que pasará en el número 1600 de la avenida de Pensilvania.

El acuerdo con Irán y el deshielo de las relaciones de Estados Unidos con la Cuba de los hermanos Castro han sido dos bálsamos que Obama ha puesto en su segundo mandato sobre el atormentado cuerpo de la comunidad internacional. Los dos han respondido a lo que debería ser la tarea del político en una democracia: resolver problemas, no encontrarlos aún más. En su discurso sobre el Estado de la Unión del pasado 12 de enero, el último que dirigía al Congreso, Obama anunció su intención de cerrar otras heridas en sus últimos meses en Washington. Una de ellas, la del penal de Guantánamo, lo más próximo a una pesadilla kafkiana inventado en nuestros tiempos por una nación que se dice democrática.

Calificar al presidente de Estados Unidos como “el hombre más poderoso del planeta” es un latiguillo recurrente en las informaciones periodísticas. Procede del hecho de que el titular de la Casa Blanca puede enviarnos a todos al infierno si se le cruzan los cables y decide apretar el botón nuclear. Ninguno lo ha hecho desde que Truman bombardeara Hiroshima y Nagasaki en 1945 para enviar a Stalin y al resto de la humanidad un mensaje rotundo: el planeta tenía un nuevo amo, el imperio estadounidense sustituía al británico. Toquemos madera para que siga siendo así: el cambio climático ya ensombrece bastante el futuro.

UN SIGLO XXI MULTILATERAL

La experiencia de Obama en la Casa Blanca introduce, sin embargo, muchos matices al latiguillo periodístico. En primer lugar, merced a la torpeza iraquí de George W. Bush, sabemos que el siglo XXI no será el de la indiscutible hegemonía única de Estados Unidos. Los *neoon*, adorados aquí por el paleta de Aznar, soñaron con ese unilateralismo ava-

sallador, y ellos mismos desinflaron el globo metiéndose en un nuevo Vietnam. El imperio salió tan escaldado de Irak como Napoleón de España, y, desde entonces, el siglo XXI es multilateral. Con un papel, por cierto, mucho más importante de China y hasta de Rusia que de ese club de atomizados ancianos alemanes en que ha terminado convirtiéndose la Unión Europea.

Y en segundo lugar, la crisis económica, y sobre todo, el modo de afrontarla han revelado que la oligarquía global de los multimillonarios manda mucho más que el inquilino de la Casa Blanca, sea un ultraconservador como Bush o de un muy tibio centroizquierda como Obama. Esto vale, por supuesto, para el resto de los jefes de Estado y de Gobierno. Lo que triunfó con la caída del muro de Berlín no fue la democracia, sino el capitalismo salvaje, y ahí está China para demostrarlo.

Obama ni tan siquiera ha podido —de hecho, no lo ha intentado— meter en cintura al codicioso, cocainómano y putero Wall Street que nos llevó a todos al precipicio cuando la bancarrota de Lehman Brothers, en 2008. Wall Street y sus socios en el resto del planeta se salvaron, faltaría más, con el dinero de nuestros impuestos. Pero millones de personas yacen ahora en el fondo de ese precipicio o todavía pugnan por no caer en él. Es sabido: los beneficios de la oligarquía son suyos; las pérdidas, de todos.

En descargo de Obama cabe decir que la política económica expansiva que ha impulsado en Estados Unidos ha dado mejores resultados que el fundamentalismo contable aplicado en el Viejo Continente. Una reducción significativa del déficit público, 14 millones de puestos de trabajo creados y un desempleo reducido al 5% confirman que la vieja receta keynesiana de darle vitaminas al paciente funciona mejor que la de someterle a una dieta de pan y agua.

Obama lleva escrito en el rostro el sufrimiento por tantas batallas perdidas en estos últimos siete años. Su delgadez, sus canas, sus arrugas y ojeras constituyen el mapa de su impotencia, las huellas dejadas por las muchas veces en que un banquero, un general o un jefe de los espías le dijeron en el mismísimo Despacho Oval: “No, you can’t, Mr. President”. Usted no puede introducir en Estados Unidos una sanidad pública universal como la existente en tantos otros países occidentales. Usted no puede restringir el derecho



constitucional de los norteamericanos a tener armas de fuego. Usted no puede impulsar las energías renovables en contra de los intereses del carbón y el petróleo. Usted no puede evitar que los policías racistas de este gran país acribillen impunemente a cualquier negro que consideren sospechoso.

¿El hombre más poderoso del planeta? Puede ser, pero con muchas limitaciones. Y ya imaginarán ustedes que no me estoy refiriendo a las procedentes de los intereses de la ciudadanía, que éstas son las justas y necesarias en un país que pretende seguir caminando hacia ese ideal que llamamos democracia. Me estoy refiriendo a las barreras que imponen *de facto* los verdaderos poderes, los no elegidos. Amos como los financieros de Wall Street y sus socios globales, el Pentágono y la CIA, ese complejo militar-industrial que descubrió en la Segunda Guerra Mundial que lo que mejor le sienta a la economía norteamericana es el estado bélico permanente, esos *lobbies* tan musculosos como el proisraelí, el exilio cubano, la Asociación del Rifle, la industria petrolera, las aseguradoras, las farmacéuticas...

Obama aludió a ello en su último discurso sobre el Estado de la Unión. “Si queremos una mejor política”, dijo, “no es suficiente con cambiar a un congresista, un senador o incluso al presidente; tenemos que cambiar el sistema para que refleje lo mejor de nosotros mismos”. Y por si alguien no lo había entendido, añadió: “Es fundamental reducir la influencia del dinero en la política”, la influencia de “un puñado de familias e intereses ocultos”. Hablaba de esa gente que le ha ido repitiendo, una y otra vez, que ni tan siquiera él podía hacer esto o aquello.

El envejecimiento de Barack Obama es bien patente después de siete años en la presidencia de EE UU.

Obama dijo en su último discurso del Estado de la Unión: “Tenemos que cambiar el sistema para que refleje lo mejor de nosotros mismos”

Es muy improbable que Bernie Sanders consiga la candidatura del Partido Demócrata a la sucesión de Obama; lo previsible es que la conquiste Hillary Clinton. Pero la campaña de este senador septuagenario que se proclama socialdemócrata ha puesto el acento en el ideal del gobierno del pueblo y para el pueblo que propuso Thomas Paine en su *Common Sense*; que noveló Mark Twain; que defendieron Jefferson, Lincoln, Roosevelt, Henry Wallace y Martin Luther King; que reverdeció, precisamente, la irrupción de Obama en 2004. Y si esta parte del entusiasmo que despierta Sanders entre muchos de sus compatriotas es hermosa, la otra, la constatación de cómo ha ido marchitándose el *Yes, we can*, resulta desoladora.

La presidencia de Obama ha conocido la legalización del matrimonio homosexual, pero, en otros aspectos, ha vuelto a darle una nueva vuelta al tornillo de los recortes de las libertades y los derechos de los norteamericanos y el resto de los habitantes del planeta. En estos años hemos sabido que, con la excusa habitual de la lucha contra el terrorismo, el espionaje estadounidense se otorga sí mismo licencia para inmiscuirse en la vida privada de todos nosotros, vivamos a uno y otro lado del Atlántico o cualquiera de los siete mares. Y hemos descubierto que Washington se reserva el privilegio de ejecutar sumariamente a sus presuntos enemigos –más los “daños colaterales” que tengan la mala suerte de andar por allí– a través de sus drones. En esto Obama sólo ha sido más discreto que el bocazas de Bush.

Las promesas de Obama en el discurso de El Cairo de 2009 también han caído en saco roto. No, señor presidente, usted no puede apoyar a los demócratas del mundo árabe y

musulmán cuando se alzan primaveralmente contra sus tiranos; la relación de Estados Unidos con Arabia Saudí está por encima de todos los principios y valores que decimos defender. No, señor presidente, usted no puede trabajar para que los desdichados palestinos tengan un Estado, por minúsculo que sea, en su propia tierra; la relación de Estados Unidos con Israel es mucho más importante que la legalidad, el humanitarismo y boberías semejantes. ¿A quién le extraña que, en estas circunstancias, la desesperación y el fanatismo vuelvan a campar por sus respetos en el norte de África y Oriente Próximo?

Cuando galardonaron a Obama con el Nobel de la Paz yo aún trabajaba en El País. Como todos los artículos que el diario estaba recibiendo eran contrarios a esa concesión, por prematura e injustificada, alguien me preguntó si yo aceptaría escribir una pieza a favor del presidente norteamericano. Respondí afirmativamente y mi texto fue publicado como la única manifestación a contracorriente. Su tesis era que la mera presencia de Obama en la Casa Blanca y la música y la letra de sus primeros discursos sobre asuntos internacionales ya suponían un enorme cambio positivo respecto a Bush al que había que dar la bienvenida.

Reconozco que en estos años me he preguntado en varias ocasiones sobre lo afortunado de la apuesta pascaliana contenida en aquel artículo. Ahora, a menos de un año de la salida de Obama de la Casa Blanca, lo tengo claro: me temo que lo echaremos de menos. Contemplo una fotografía con su rostro devastado y me digo que, a diferencia de Bush y Aznar, Obama es una buena persona. Hizo lo poco que pudo. ♦